

Largamente esperada e inmediatamente reconocible, *La mala educación* de Pedro Almodovar recrea material autobiográfico sobre su tormentosa educación religiosa con una estructura clásica de cine negro que lo aparta de los melodramas elegantes y altamente emocionales que venía haciendo. Magistralmente orquestada y visualmente imponente, la película tiene el valor añadido de aumentar el interés de su director más allá de su marca registrada. Estrenada en España en marzo y prevendida ya en mercados nada desdeñables, incluyendo EEUU (donde Sony Classics la estrenará en otoño), *La mala educación* abre hoy el festival de Cannes.

Como todo proyecto de la estrella del cine arte europeo, este film viene empaquetado en escándalo. Su lanzamiento coincide con las revelaciones sobre abusos sexuales que sacuden al catolicismo norteamericano. El marketing se ocupará de decidir cómo y cuánto afectará esto a sus expectativas comerciales.

Unos elegantes créditos cortesía de Juan Gatti, diseñados en plan thriller de humor de los sesenta, abren paso al Madrid de los 80 y a la oficina del joven pero ya bloqueado director de cine Enrique Goded (Fele Martínez). Mientras Enrique busca inspiración en recortes periodísticos, lo interrumpe un ex compañero de pupitre ahora aspirante a actor (el actor mexicano Gael García Bernal) que ha venido a traerle su cuento “La visita”. Según se deja entender, este chico fue el primer amor de Enrique en el internado que compartieron, un rígido colegio salesiano.

Mientras Enrique lee “La visita”, el cuento se desarrolla ante nuestros ojos. Los travestis Paca (un magnífico Javier Cámara en el único papel cómico del film) y Zahara (el mismo García Bernal), se menean entre los parroquianos de un bar de mala muerte.

Zahara se lleva a la cama a uno de ellos llamado Enrique (Alberto Ferreiro), que se queda dormido durante el sexo, y que resulta ser su antiguo amante de la escuela.

Corto de fondos, Zahara regresa al internado para buscar a su viejo profesor de religión, el padre Manolo (Daniel Giménez Cacho), y chantajearlo con viejas historias de cuando el sacerdote abusaba de un niño llamado Ignacio.

Viajamos entonces a la infancia de ese Ignacio (Nacho Pérez), cuando el padre Manolo tocaba la guitarra a orillas de un arroyo mientras el niño, en unas de las pocas concesiones al *kitsch* del film, le cantaba “Moon river”. Las siguientes escenas, las más fuertes de la película, muestran en paralelo el amor frustrado del cura por Ignacio y el amor creciente de Ignacio por un niño llamado Enrique (Raúl García Forneiro).

De vuelta en la historia de partida, Enrique decide convertir ese cuento en su próximo proyecto. Su ex compañero está ansioso por hacer el papel de Zahara. Enrique no está seguro de eso, ni siquiera de que su amigo sea quien dice ser. Con el mechero publicitario de un bar como única guía, Enrique viaja a investigarlo a Galicia, donde la madre de su compañero de escuela (Petra Martínez) le revelará la verdad.

Los aficionados a Almodóvar pueden estar tranquilos: la mayoría de sus sellos personales están presentes y bien colocados: abundantes referencias a la cultura pop en forma de canciones cutres italianas, guiños a clásicos del cine como *Doble identidad* y *Desayuno en Tiffany's*, incluso carteles; un breve viaje a un pueblo que contrasta con el impecable decorado urbano del resto del film; juegos de espejos entre ficción y realidad; y, como siempre, toneladas de travestis.

En términos argumentales, *La mala educación* es el proyecto más ambicioso que Almodóvar ha acometido hasta la fecha. Pero la estructura de muñecas rusas está orquestada con maestría y los paralelos entre las tres historias transmiten una gran sensación de solidez al edificio narrativo, aunque algunos giros sean previsibles.

El precio que paga la película por la deliciosa complejidad de su trama es la falta de espacio para maniobrar que deja a los actores. Uno de los grandes rasgos de Almodóvar ha sido siempre sus salidas de tono, su giros irónicos y oblicuos; aquí hay pocos. El humor, por ejemplo, escasea.

La huida del melodrama ha llevado a una pérdida de la aparente resaca emocional de películas recientes de Almodóvar como *Hable con ella* y *Todo sobre mi madre*, llenas de protagonistas arrasados de tristeza y profundamente cercanos. Irónicamente, en *La mala educación*, el momento más conmovedor le corresponde al repulsivo pero débil padre Manolo, cuando lucha por controlar su conflicto interior. El resto de personajes conforma una galería de perdidos buscándose a sí mismos.

El elenco ha sido en general muy esmerado, especialmente el García Bernal que reparte matices entre sus papeles superpuestos (y pronuncia con corrección en español, no en mexicano). Giménez-Cacho está soberbio en la piel del silencioso y encogido padre Manolo, capaz de expresar a la vez placer y vergüenza. Un Martínez con cara de perro interpreta a Enrique con demasiada frialdad, considerando la profundidad emocional de las dudas que acosan al personaje.

La dirección artística de lujo de Antxon Gomez y el perfeccionismo de Almodóvar salpican de belleza hasta las imágenes menos prometedoras, como los pegotes de carteles en el muro de un viejo cine. Pero el asalto visual de colores pasteles densos y cremosos, y el perfecto contraste entre luz y sombra, no parecen condecirse con la enclenque moral del sacerdote. Una larga secuencia en la piscina es erótica pero emocionalmente estéril, debido a un énfasis en la belleza *per se* –los bañadores que gotean, los cuerpos en cámara lenta bajo el agua- más propia de un videoclip pop.

El contraste entre la represiva España de la niñez de los personajes y la explosiva liberación moral de finales de los setenta –en la que el propio Almodóvar fue

un personaje clave- queda elegantemente reseñado por algunos detalles, por ejemplo, la transformación de la actriz de los sesenta Sara Montiel en un ícono gay.

Los créditos finales, cortesía del equipo habitual de Almodóvar, son magníficos. Merece una mención especial el sonido de Miguel Rejas. La espeluznante música de Alberto Iglesias inspirada en Bernard Hermann está téticamente en su punto.